

MI FINAL DE
WATTPAD

ARIANA GODOY

Título original: *Growing up*

© 2024, Ariana Godoy

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: © iStock

Lettering de portada: David López

Fotografía de Ariana Godoy: Cortesía de la autora

Traducido por: Ariadna Molinari Tato y Alejandro Romero Álvarez

Diseño de interiores: Víctor M. Ortiz Pelayo

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2024

ISBN: 978-607-39-0424-7

Primera edición impresa en México: agosto de 2024

ISBN: 978-607-39-0391-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

¿ESTÁS COSIENDO TU ROPA? ¡DIJISTE QUE DIEZ MINUTOS!



BESAR A MI NOVIO se había convertido en mi afición favorita.

Podría escribir ensayos de varias páginas al respecto: la forma en la que podía sentir su amor en cada roce de nuestros labios, la calidez, etc. Sin embargo, la textura de su boca era un poco extraña ¿acolchada? Y ¿olía a jabón de ropa?

—¡Julie Ann Jones!

Abrí los ojos y me di cuenta de que había estado besando mi almohada. Escupí pelusas y me limpié la boca.

—¡Julie! —La voz de mamá venía desde el piso de abajo.

—¡Ya desperté! —aullé en respuesta, con voz rasposa y adormilada, buscando mi celular entre las sábanas. Cuando vi la hora, maldije.

Bajé las escaleras corriendo y me dirigí de prisa a la cocina. Llegué jadeando. Mamá estaba sacando algo del horno, pero volteó a verme y sonrió.

—Buenas tardes —saludó.

—¿Por qué no me has despertado? —Me quejé de mala gana.



—Buenas tardes —repitió con cierta aprehensión.

Suspiré.

—Buenas tardes, mamá —dije, pasándome la mano por el pelo.

—Mucho mejor.

—Hoy salía el libro que llevo meses esperando, mamá.

—Vas a estar bien —aseguró mientras me daba la espalda para sacar otra charola del horno—. Podrás comprarlo más tarde.

—Pero no será primera edición. —Hice un puchero—. La primera edición venía con un póster precioso, ya no deben quedar.

—Oh, no —respondió mientras asentaba la charola en la mesa—. Mi pobre hija no sobrevivirá, ¿qué debo hacer?

—Qué cruel.

«Qué bien, mamá. Este año seguro te llevas el premio a la mejor madre del mundo».

Me senté a la mesa a tomar el desayuno. Mamá se secó las manos con un trapo después de lavárselas.

—En serio, debiste despertarme.

Por un instante, su expresión denotó culpabilidad.

—¿Crees que no lo intenté? Todo el verano ha sido difícil sacarte de la cama. Es más de mediodía, y eso no es sano —me explicó. Abrí la boca para defenderme, pero al final guardé silencio porque ella tenía razón. Llevaba todo el verano desvelándome por culpa de mi sensual y arrogante novio. No pude disimular la sonrisa al pensar en él.

Evan...

El recuerdo de sus ojos oscuros era hipnótico. No nos habíamos visto desde el día en que nos quedamos en su casa, hace dos semanas. Primero porque vivíamos en ciudades distintas; además, él había aceptado un empleo veraniego que no le dejaba tiempo para conducir hasta acá y, como yo no tenía auto, no

teníamos opción. Era espantoso y cada día me ponía más triste de lo mucho que lo extrañaba. Claro que hablábamos a diario por mensajes y llamadas, pero ya no era suficiente. Con algo de suerte, podríamos volver a vernos el siguiente fin de semana. Solté un largo suspiro de desilusión, mamá carraspeó y eso me trajo de vuelta a la realidad en la que estaba mirando fijamente la comida.

—Te la acabas —ordenó mamá con voz seria y me dio un beso en la frente antes de salir de la cocina.

Mientras terminaba de desayunar, la puerta trasera se abrió de golpe. Casi me ahogo del susto. Jason entró a la cocina, con una enorme sonrisa.

—¡Estoy de vuelta! —anunció con un fingido acento británico que recibí con una mirada de hastío. ¿Hasta cuándo iba a seguir fingiendo ese acento? Le salía fatal—. ¡Caramba, te ves tan...! —Le lancé una mirada asesina—... ¡divina! —concluyó y se sentó frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —No estaba del mejor humor del mundo.

Jason agarró una manzana del tazón de la mesa y le dio un mordisco.

—¡Ay! —gimoteó cuando la manzana artificial le lastimó los dientes. Se me salió una risotada—. Podrías haberme dicho que no era una manzana de verdad.

Me encogí de hombros.

—No es mi culpa que seas tan tonto —respondí.

—Alguien se levantó de malas, ¿no? —Se alborotó el cabello y se puso de pie para buscar una manzana de verdad en el refrigerador—. ¿Qué tienes?

—Eh, nada. —Le di picotazos al desayuno con el tenedor—. Tengo una mamá tan considerada que decidió no despertarme temprano y me perdí de ir por la primera edición de un libro que llevo meses esperando.



Jason suspiró.

—Aliviánate, brujilda. Tenemos planes divertidos para hoy.

—¿Planes? —Me puse de pie, agarré el plato y fui al fregadero a lavarlo.

—Sí, eso explica mi presencia a esta hora de la mañana —dijo—. Supongo que no creíste que vine hasta acá para nada.

—Ajá.

—No seas floja y ve a ponerte ropa decente. Vamos a salir. —¿Sonaba emocionado?

—¿Adónde vamos? —pregunté. Ahora tenía curiosidad.

—Es sorpresa —dijo, moviendo las cejas. Entrecerré los ojos y lo miré fijamente. Las sorpresas de Jason no siempre eran agradables. ¿Qué se traía entre manos? Su sonrisa se ensanchó.

—Deja de sonreír así, es perturbador —comenté y me di la vuelta para ir a mi cuarto—. Vuelvo en diez.

Mientras me vestía, sonó mi celular. Lo tomé y me senté en la cama. Era un mensaje de Evan.

♥ Evan ♥: Linda tarde, Melocotón 😊

Sonreí como una idiota porque saber de él me ponía de buen humor, le contesté.

Yo: Hola, poeta oscuro 😞

Él: ¿Por qué pones carita triste?

Yo: Mi mamá no me despertó a tiempo para ir por el libro que esperaba.

Él: Ah, claro, la primera edición.

Yo: Exacto.

Él: Estarás bien.

Yo: No sabes cuánto quería ese póster.

Él: Lo sé.

Yo: En fin, ¿qué haces?

Él: Estoy trabajando. ¿Tú?

Yo: Me estoy vistiendo.

Él: ¿Vas a salir?

Yo: Sí, vino Jason. Al parecer, me va a sorprender con algo.

Él: Ya veo. Pórtate bien.

Miré la pantalla con los ojos entrecerrados.

Yo: Siempre me porto bien.

Él: 😊



—¡Jules! —gritó Jason desde la cocina—. ¿Estás cosiendo tu ropa? ¡Dijiste que diez minutos!

Suspiré y me puse los zapatos.

Yo: Ya me voy. 😞 Te escribo al rato.

Él: Está bien.

Yo: Que te la pases bien en el trabajo. 😊❤️

Él: Lo haré. Por cierto, Jules...

Yo: ¿Qué?

Él: Te extraño.

Sentí mariposas en el estómago.

Yo: Yo a ti, tontito poeta oscuro.

Él: 😊 Dirás SENSUAL poeta oscuro.

Solté una risotada.

Yo: Sí, eso también.

Me levanté y guardé el celular en el bolsillo de los jeans. Jason me estaba esperando al pie de la escalera. Se quejó de lo mucho que me había tardado, pero no le puse atención. Le avisé a mamá que saldría con él, y nos fuimos. Era un día soleado y caluroso. Agradecí haber elegido un vestido veraniego sin mangas. Y me había hecho una coleta sencilla, pues hacía

demasiado calor como para soltarme el cabello. Al parecer, a Jason no le importaba porque traía una camiseta oscura y una chamarra.

—Sí sabes que hace calor, ¿verdad? —comenté mientras me subía al auto.

Jason arrancó.

—Sí sabes que existe el aire acondicionado, ¿verdad? —Presionó unos botones para enfriar el auto.

—¿Entonces no planeas bajarte del auto hoy? —Arqueé una ceja. Jason lo consideró.

—Tal vez sí. Tal vez no. —Se encogió de hombros y emprendió el viaje. Cuando decidí encender el radio, Jason volvió a hablar—. Tengo que hablar contigo —susurró. Apenas si alcancé a escucharlo. Lo miré y noté cómo se tensó. Siempre había sabido interpretar sus expresiones; no por nada era mi mejor amigo. Se veía nervioso, como si algo le preocupara.

—¿Qué pasó? —pregunté finalmente cuando llegamos a la avenida central.

Jason se tomó su tiempo. No servía de nada insistirle en que contestara, así que esperé su respuesta con absoluta paciencia.

—Es Lau —dijo en voz baja.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tiene Lau?

—Es que... —Guardó silencio un momento—. Es sólo que... No sé, Jules. —Apretó el volante con fuerza.

—¿Qué está pasando?

Se pasó una mano por el cabello mientras conducía con la otra.

—No te vayas a sacar de onda, ¿de acuerdo?

—A ver, ahora sí ya me espanté. —Me volteé por completo hacia él, pero él siguió mirando fijamente el camino.

—Creo que... —se rascó la nuca.



—Ya, Jason, habla —le supliqué con impaciencia.

—Creo que me gusta o algo así —contestó.

Abrí muchísimo los ojos y casi se me cae la quijada al suelo.

—¿Qué?!

—No me hagas repetirlo —masculló, avergonzado.

—¿Qué? Pero ¿cómo...? —No logré formar una oración coherente. Cerré la boca e intenté organizar mis ideas. Jason me miró de reojo, consternado. Sabía que le atemorizaba mi reacción—. Está bien —dije finalmente y exhalé con fuerza.

—¿Está bien? —Jason arrugó las cejas—. ¿Eso es todo? ¿No me vas a pegar o a sermonearme?

—¿Serviría de algo que lo hiciera?

—No —contestó Jason con una sonrisa melancólica.

—Entonces no nos haré perder el tiempo. ¿Desde cuándo?

—¿Eh?

—¿Desde cuándo... sientes eso?

—No sé. Lau y yo siempre nos hacemos bromas. Yo creía que sólo era un juego para los dos hasta que...

Me le quedé viendo, intrigada.

—¿Hasta que qué?

—Hasta que me enteré de que está saliendo con Jordan. Desde ese momento he estado furioso con ella, pero no entendía por qué.

—Estabas celoso —afirmé.

—Sí.

Guardé silencio un rato. Eso complicaba bastante las cosas. Laura y Jason eran mis mejores amigos y ambos tenían pareja. Que a Jason le gustara Laura vaticinaba un desastroso drama grupal porque todos éramos amigos.

—¿Qué planeas hacer? —pregunté, inevitablemente.

—Nada —dijo con un suspiro—. En serio quiero mucho a Helen. Y sé que Lau está loca por Jordan. No voy a arruinar

las cosas. —Por primera vez desde que éramos niños, Jason actuaba con madurez—. Me alejaré un poco de Lau hasta que deje de sentirme así cuando estoy con ella.

—No va a ser fácil. Prácticamente estamos juntos todos los días.

—Lo sé. Perdón por meterte en esto. Sé que Lau es tu amiga y que para ti debe ser incómodo —dijo mientras se estacionaba frente a la casa de Laura.

—Tú también eres mi amigo, baboso. —Le di un puñetazo en el hombro—. Y siempre puedes confiar en mí. —Le sonreí. Él volteó a verme y me devolvió la sonrisa.

—Lo sé —se inclinó y me besó la frente. Al retroceder, se veía aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¡Hola, chicos! —dijo Lau al subirse al asiento trasero. Traía un vestido veraniego azul que la hacía verse radiante. Y se había hecho dos trenzas, una a cada lado de la cara—. El calor está insoportable —se quejó mientras se ponía los lentes oscuros. Jason la miró de reojo por el retrovisor, con un dejo de añoranza en los ojos. Lo miré con algo de compasión hasta que bajó la mirada y meneó la cabeza—. ¿El ratón les comió la lengua o qué?

«No, lo que pasa es que veníamos hablando de ti».

Lau se metió por el espacio entre nuestros asientos.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté con torpeza. Cualquier cosa era mejor que ese silencio incómodo. Jason arrancó en silencio.

—¿Qué traes, Jay-Jay? —le preguntó Lau en tono burlesco, poniéndole una mano en el hombro, pero Jason se sacudió para quitársela de encima—. ¡Uy! ¡Cuidadito!

—Es que no desayunó —intervine para justificarlo y llamar la atención de mi amiga. Lau se encogió de hombros.

—En fin, ¿estás lista para un día increíble? —me preguntó con una sonrisota boba.



—¿Adónde vamos?

—¡Velo con tus propios ojos! —exclamó emocionada, y señaló hacia el frente. En ese momento vi el letrero enorme a la entrada de la carretera: River Town: 25 km.

—¿Vamos a River Town?! —Sentí que el corazón me iba a explotar de alegría.

—¡Sí! ¡Sorpresa! —gritó Lau y me sonrió.

Iríamos al pueblo de mi novio. ¡Iba a ver a Evan! Los dragones de mi estómago gruñeron de entusiasmo.

¡No podía esperar!

¿CÓMO QUE «TAMBIÉN»? ¿ERES PROVEEDORA DE CONDONES?



EN SEGUNDO GRADO APRENDÍ DOS COSAS:

una, que las nubes no estaban hechas de gomitas de osito (¡qué pena!, ¿verdad?); y dos, que Laura adoraba las paletas de miel por encima de todas las cosas. Eran su fascinación, le encantaban esas paletas. A mí en lo personal no me gustaban porque sabían a medicina. Claro que nunca se lo confesaría. No quería que me diera un puñetazo en la cara. Lau parecía indefensa, pero sabía dar una buena pelea. Me enteré de eso cuando estábamos en séptimo grado, pero esa es otra historia.

Como fuera, nos detuvimos a la mitad del camino porque mi queridísima mejor amiga había visto una tiendita donde vendían miel y toda clase de productos derivados: galletas, caramelos, pan y, evidentemente, paletas. Me recargué sobre el auto e intenté ser paciente con ella.

—¡Apúrate, mujer! —le grité mientras la veía dar brinquitos frente a la amplia gama de paletas de miel que tenían en la tienda. Moría por ver a mi novio. Hacía dos semanas que no lo veía. DOS semanas eternas. Así que perdón por impacientarme. Jason también se recargó en el auto, junto a mí.



—Le encantan esas cosas, ¿verdad? —dijo, meneando la cabeza—. A mí no.

—Nunca se lo digas porque te va a matar —contesté con seriedad.

Jason soltó una risotada.

—Gracias por la advertencia. Entonces... —empezó a ponerse en pie—, ¿te gustó tu sorpresa?

Esbocé una sonrisa a medias.

—Sí, pero preferiría que ya estuviéramos en River Town.

—Te gusta mucho ese chico, ¿verdad? —preguntó, como si no fuera obvio.

Suspiré.

—¿Se nota mucho? — Jason asintió.

—Si te lastima de alguna manera...

Lo interrumpí.

—Le vas a partir la cara y te asegurarás de que no pueda tener descendencia. Sí, ya lo sé. —Recordaba sus palabras a la perfección. Jason esbozó una sonrisa dulce.

—Así es. Quizá sea más alto y más fuerte que yo, pero soy feroz como un león —afirmó y se dio una palmada en el pecho, lo cual me hizo reír.

—No te ves muy agresivo, ¡eh! —dije, y Jason arqueó una ceja—. Más bien pareces un minino.

—¿Un minino? —Jason sonaba ofendido—. ¡Ay! ¡Mi masculinidad! —exclamó y se agarró el pecho con gesto dramático. No pude contener las risas hasta que escuché un claxon atrás de nosotros. Junto al auto de Jason se estacionó una camioneta que me resultó muy familiar.

—Ya llegó por quien lloraban —anunció Shane, asomándose por la ventana. No lo había visto desde el día de la cabaña. Se veía tan guapo como siempre, con su camiseta blanca sin mangas. Su cabello castaño claro estaba despeinado, lo que contribuía a la apariencia desaliñada que tan bien le sentaba.

Traía puestos lentes oscuros y, para ser sincera, parecía modelo de Abercrombie. Y la verdad, no entendía por qué yo le interesaba.

—Hola, Idiópido —le respondí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Shane esbozó una sonrisa coqueta y se quitó los lentes.

—Cuánta dulzura, Jones. —Sus ojos color avellana me recorrieron de arriba abajo con absoluto descaro. Lo miré con cara de «¿Es en serio?». ¿De verdad se atrevía a mirarme así en público?

—¿Idiópido? —intervino Jason mientras estrechaba la mano de Shane.

—Es una combinación entre...

—Es un secreto —me interrumpió Shane—. ¿Verdad, renacuaja?

Me paralicé.

Te amo, renacuaja.

Recordaba sus palabras a la perfección. Pasé saliva. Lo que no sabía era si él recordaba que me había confesado su amor eterno. En el fondo no quería averiguarlo. Pero, por alguna razón, la forma en que me miraba me hacía creer que sí.

—¿Ah, sí? —me preguntó Jason, observándome de cerca. Era hora de mentir, y quienes me conocen saben que soy pésima para hacerlo.

—Sí, es que... es algo como... —me quedé callada un momento—. Es como un código entre nosotros. Como el que tenemos tú y yo —expliqué.

¡Cielos! Al menos salió mejor de lo esperado.

No sé por qué no me atreví a decir la verdad. Tal vez me daba miedo hacer enojar a Shane. ¿Y si le contaba a todo el mundo que me había dicho que me amaba? Además de incómodo, sería vergonzoso para todos los involucrados. Jason mantuvo la mirada en alto, con gesto reflexivo.



—¿O sea que a él también le das condones? —especuló.

—¡No! ¡Claro que no! —Agité las manos para enfatizar la negativa.

Shane frunció el ceño.

—¿Condomes? —Parecía confundido—. ¿Cómo que «también»? ¿Eres proveedora de condones? —bromeó y me dio un picotazo en la cintura que me sobresaltó.

—¡No! ¡Nada que ver!

Shane sacudió la cabeza, riendo un poco y aproveché para cambiar el tema.

—Bueno, como sea, ¿qué haces aquí, Shane? —pregunté.

—Jordan me invitó —contestó Shane.

—¿Y dónde está Jordan?

—¡Buuu! —exclamó alguien a mis espaldas y me sacó un susto monumental. Grité y me di vuelta de golpe, y entonces vi a Jordan con una sonrisota. Su cabellera rubia casi me deslumbra.

—¡Jo! —exclamé y me lancé a sus brazos, y Jordan me abrazó con fuerza. En las últimas dos semanas nos habíamos vuelto muy cercanos, ya que él siempre estaba con Lau, y Lau siempre estaba conmigo. Es increíble lo mucho que puedes encariñarte con alguien en tan poco tiempo.

—Hola, solecito. —Jordan me alzó y me dio vueltas por los aires.

—¡Qué bien que hayas venido! —le dije con absoluta sinceridad. Jordan me bajó al suelo y me sonrió.

—Perdón por interrumpir su alegre reencuentro, pero ¿me dejan pasar? Necesito estacionarme —dijo Shane. Sonaba molesto.

—Aliviánate —le recomendó Jordan mientras nos quitábamos del camino—. ¿Dónde está mi novia? —preguntó con entusiasmo.

—Enterrada entre paletas de miel. —Señalé la tienda.

Alcanzamos a verla a través de la ventana transparente. Lau estaba paseando felizmente por el local y llevaba dos bolsas en las manos. Jordan se le quedó viendo con una expresión de profundo anhelo que me hizo sonreír. Estaba perdidamente enamorado de ella.

Creo que me gusta o algo así.

Las palabras de Jason retumbaron en mi cabeza. Apreté los labios, ¿por qué se tardó tanto en darse cuenta de que le gustaba? Jason ya tenía novia, y Lau tenía a Jordan. Los sentimientos que acababa de descubrir servirían para crear drama y complicaciones. Aunque sé que seguramente le estaba dando demasiada importancia, así es como veía las cosas: que a Jason le gustara Lau no sería un gran problema porque me constaba que era incapaz de hacer algo que pusiera en riesgo el noviazgo de ella. El problema era que no me parecía que fuera unilateral. ¿Por qué lo digo? Pues porque Lau era mi mejor amiga y la conocía mejor que cualquiera. Y sabía que Jason no le era del todo indiferente. Suspiré y crucé los dedos mentalmente, esperando que esto no se convirtiera en un enorme rectángulo amoroso porque básicamente todos eran mis amigos y no quería que nadie saliera lastimado. Ni siquiera Helen, que era una chica muy simpática y agradable.

—Planeta Tierra llamando a Jules —me susurró Shane al oído y me sacó de mis pensamientos.

En ese momento me di cuenta de que estábamos solos. ¡Peligro! ¡Peligro! No habíamos estado solos desde el día en que me confesó su amor.

¡Maldición! No entres en pánico, Jules. No entres en pánico y ya. Lo empujé.

—Estaba pensando en algo importante, ¿sí?

Shane se cernió sobre mí.

—¿Ese «algo importante» tiene que ver con nosotros?

Apreté los labios.



—Ya déjame en paz —dije y me alejé de él—. Me niego a hablar de eso contigo. —Empujé la puerta de la tienda para entrar. Pero, por desgracia, eso no detendría a Shane. Vi a Lau a unos metros, acompañada de Jordan, quien sonreía, entusiasmado.

Necesitaba avanzar un poco más para llegar a donde estaba Lau y librarme de Shane. Pero era obvio que no lo iba a lograr. Shane me agarró del brazo y me giró hacia él. Lo encaré con las mejillas sonrojadas y sentí la intensidad de su mirada, pero no me atreví a verlo a los ojos.

—Deja de huir de mí. —Su voz era dulce, con una sutil capa de frustración. Me mordí el labio inferior y me zafé de su agarre—. ¿Por qué no me miras?

Alcé la cara, y por fin nuestras miradas se encontraron. El silencio fue largo y tenso, así que me aclaré la garganta.

—¿Podemos hablar un segundo? —pidió con una amabilidad a la que no estaba acostumbrada.

—Estamos hablando.

—¿De verdad quieres que hablemos aquí? —Él ojeó a Lau y a los demás, y la verdad, tenía razón. No era el mejor lugar para una posible conversación incómoda.

—Salgamos —dije y me dirigí a la puerta.

Shane me siguió en silencio y tomé una respiración profunda mientras me daba ánimos mentalmente, Shane no querría hablar de su confesión, ¿o sí?